

30 de noviembre de 1883, discursos en honor a cuatro próceres al pie de sus monumentos

¹ Paúl Martínez

La administración presidencial de Marco Aurelio Soto (1846-1908) encomendó a los hermanos suizo-italianos Lorenzo y Francesco Durini Vasalli (1855-1905 y 1856-1920) el montaje de cuatro conjuntos escultóricos para honrar con ellos a cuatro distinguidos hondureños del pasado que dejaron una huella indeleble a través de sus obras en la primera mitad del siglo XIX. Cuatro próceres que en buena medida sentaron las bases de la nación hondureña en esa centuria fundacional, y que la administración Soto pensó que al enaltecerlos, dejaba también constancia de las ideas de nacionalidad y progreso que el Estado buscaba inculcar en la sociedad decimonónica hondureña.

Azares del destino impedirían al presidente Soto ver instaladas las esculturas que él encomendaría realizar, y ha sido su sucesor el general Luis Bográn (1849-1895), a quien tocaría el honor de inaugurarlas el día 30 de noviembre de 1883, luego de los actos oficiales de su investidura presidencial en el Congreso Nacional. Las memorables palabras que connotados hondureños expresaron ante las esculturas y los elaborados basamentos que les sostenían son documentos únicos de acendrado amor a la patria y a sus mejores hijos que le han engrandecido con su ejemplo de vida y el de sus obras. Estos discursos han sido publicados en el diario oficial *La Gaceta* del 25 y el 30 de diciembre de 1883, en sus números 240 y 241, de ahí han sido transcritos respetando la ortografía original de la publicación, por lo que veremos un uso diferente de tildes o escritura de palabras muy distinta a la usanza del presente, y también se encontrarán acentos graves y circunflejos, mismos que en la actualidad ya no se utilizan.

La contrata de agosto de 1882 instruyó realizar una escultura ecuestre en bronce que honraría a Francisco Morazán (1792-1842), una escultura en mármol para el sabio José Cecilio del Valle (1777-1834) y dos bustos en mármol, uno en honor a José Trinidad Cabañas (1805-1871) y otro para honrar a José Trinidad Reyes (1797-1855), obras que debían ser instaladas en tres plazas de la recién nombrada capital de la república, la ciudad de Tegucigalpa. Estos conjuntos escultóricos siguen en pie en nuestro presente, con cambios de posición u orientación de las esculturas en sí, pero aún están en pie recibiendo la admiración y los honores de la sociedad hondureña en general.

En este año 2021 que la región centroamericana conmemora el primer Bicentenario de la declaración de Independencia del dominio colonial español, deseamos compartir nuevamente las palabras dichas en 1883 en honor a los preclaros próceres que honraba la sociedad hondureña de ese entonces, su lectura nos reafirma el respeto y la admiración que aún se profesa por estos hondureños que por su vida y por sus obras han trascendido el tiempo y derrotado las distancias, venciendo al olvido y estando presentes en la memoria de quienes habitamos esta estrecha franja de tierra que une al continente y que por ello se llamó en sus inicios como las Provincias Unidas del Centro de América.

¹ Director de la Fototeca Nacional Universitaria y docente del Departamento de Arte de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras. Correo electrónico: paul.martinez@unah.edu.hn



Monumento en la plaza central de Tegucigalpa erigido en honor a Francisco Morazán. La escultura en bronce del prócer es del artista francés Léopold Morice. Fotografía digital 35mm por Paúl Martínez, 2012.

Discurso pronunciado por el Licenciado Don Jerónimo Zelaya, en el acto de la inauguración de la estatua del General Morazán.

Señores:

Se destaca á nuestra vista el bello monumento mandado erigir á la querida y venerada memoria del General Don Francisco Morazán. El Gobierno del Doctor Soto, tuvo la justa y feliz idea de decretar su erección el 27 de Agosto del año último; y el General Don Luis Bográn, que acaba de tomar posesion de la Presidencia por el libre sufragio de los pueblos, inaugura en este día y lo exhibe á la mirada publica como uno de los objetos más dignos de nuestra contemplación de nuestro amor y nuestro culto. Y yo vengo, Señores, lleno de respeto, lleno de temor, y por decirlo así, anonadado á pronunciar el discurso oficial que demanda ocasión tan solemne, tan grandiosa: ocasión tan soberanamente augusta, puesto que ella fija, en nuestros anales, la magnífica é inmortal fecha de la gratitud de la Nación, de la gratitud de la patria, rindiendo expresivo y elocuente homenaje al más grande y preclaro de sus hijos. ¿Y quién soy yo, para comparecer aquí, en medio de sociedad tan escogida, y en medio de inmensa, alborozada muchedumbre, llevando la palabra en elogio y en honra y prez de la primera de las glorias de Centro-América? ¿quién soy yo, Señores, para acercarme á monumento tan grandioso, tan colosal é imponente, y alzar mi voz en alabanza del gran repúblico que inmortalizaron sus propios y dignísimos hechos, y sus memorables é inauditas hazañas? ¿quién soy yo? Ah, Señores! Yo me fijo en mi humilde, en mi modesto ser; yo inquiero mis títulos y merecimientos a la distinguida honra que me ha dispensado el Gobierno al designarme para usar de la palabra en este acto, y bien se yo, que para hablar de los grandes hombres con gala y lucidez, con pompa y majestad, se necesita asemejarse á ellos, pues como ha dicho un pensador ilustre, –sólo el genio puede comprender bien la gloria.

Señores: un pueblo hermano que fué patria adoptiva del General Morazán y teatro de las mayores de sus glorias; el noble pueblo

salvadoreño, elevándose á digna altura en sentimientos de gratitud, de justicia y de generosidad, ha erigido á su grata memoria, adelantándose á nosotros, la magnífica estatua que descuella en la plaza central de la Capital salvadoreña, y que atestigua á un tiempo, la gloria del egregio hondureño objeto de tan señalado homenaje, y la hidalguía de aquel noble y generoso pueblo.

Felicitémonos, Señores, por la erección, aunque tardía entre nosotros, de este monumento, á los cuarenta y años de la trágica muerte del héroe á quien está consagrado; del héroe que ha merecido que dos naciones se inclinen ante él y le tributen honores y apoteosis. Felicitémonos porque este acontecimiento significa que en nuestra amada patria no ha perecido, no ha muerto el noble sentimiento de la justicia que en todos los países y en todas las épocas, discierne coronas, palmas y lauros, á las grandes virtudes, á las grandes y sublimes abnegaciones. Honduras se ha rehabilitado. Honduras ha comprendido que las heroicas acciones y las proezas del valor rendidas en aras de la libertad y la patria, deben perpetuarse por el arte en mármoles y bronce. Honduras ha comprendido que los hombres beneméritos, forman el precioso tesoro y riqueza de los pueblos, que en su memoria, cuando ya no existen, es el fecundo y poderoso aliento que guardan las brisas para fortalecer las nuevas generaciones que el tiempo trae á la luz y á la vida en sus eternas olas.

Señores: ved ahí puesta en lo alto, la figura del héroe magnánimo, del héroe legendario, cuyo nombre han hecho célebre sus propios esclarecidos hechos, y sus memorables hazañas. Ved ahí al guerrero de gallarda apostura, de serena mirada en los combates, de palabra de fuego que inflamaba al soldado. –Vedle ahí, audaz con la audacia del genio, en ademán de vibrar la espada vencedora contra los enemigos

aterrados. Lo rodean los elocuentes trofeos de los triunfos que alcanzara como hábil político y como hombre de guerra esforzadísimo: el escudo de la República federal de Centro-América, en bajo relieve de bronce, el simulacro de una de las más grandes batallas en que se señaló su valor, y festones de laurel como premio a sus victorias. ¿Quién ha llegado en Centro-América á la altura de nuestro héroe en el arte de la guerra? ¿Quién ha podido igualarlo en el plan admirable de sus operaciones, en su sagáz estrategia y en su golpe de vista seguro y su pericia para encadenar la victoria á sus banderas? Ved sinó cómo en sus campañas de diez años libradas contra tenaces é implacables enemigos, á paso de vencedor escribió su nombre con la punta de su espada en los campos de La Trinidad, en Gualcho, en el Espíritu Santo, en Jocoro y San Pedro Perulapán. En esas memorables campañas puso á prueba su inquebrantable constancia, su heroísmo jamás desmentido, sus altas dotes de mando, sus extensas vistas y táctica de Capitán y sus sentimientos de humanidad para con los vencidos. ¿No son estos, Señores, suficientes títulos para su nombradía y para su gloria?

Pero el mérito del General Morazán; el mérito de nuestro malogrado grande hombre, no consiste tanto en sus elevados talentos, en su inspiración ó su genio en el arte de la guerra, en el arte de la humana carnicería; en ese arte desgraciado, en ese arte cruel é innoble de exterminar á los hombres, condenados á un tiempo á la destrucción y la muerte por las fuerzas mismas de la naturaleza y por los instintos famélicos de sus semejantes. No, Señores; su distinguido, su relevante y excelso mérito tiene por base la civilización y los principios de una sana y generosa política; tiene por base su amor á la causa de las nacionalidades, que es la causa del bienestar perdurable de los hombres y del feliz desarrollo y engrandecimiento de toda la humanidad. El General Morazán comprendió, Señores, que el grande acontecimiento de la independencia de 1821, no bastaba á asegurar la ventura y porvenir de las secciones de Centro-América, convertidas en débiles y frágiles Repúblicas; comprendió las serias desventajas, los inconvenientes y peligros del aislamiento y la disgregación de estos países destinados por la naturaleza á formar un todo compacto y una gloriosa solidaridad; comprendió que la ley del progreso indefinido, que es el evangelio del siglo y

de la humanidad, y el planteamiento de las instituciones democráticas destinadas á redimir al orbe entero, porque reconocen y proclaman de acuerdo con el cristianismo, la igualdad de los hombres, no podían realizarse, no podían cumplirse, crecer ni tomar arraigo en medio del antagonismo de los partidos y de las ambiciones del caudillaje, asentado, entronizado en cada una de las provincias de la antigua Capitanía general, elevadas al rango de Repúblicas; comprendió que todo el territorio contenido entre Veraguas y Tehuantepec, no debía formar sinó una sola nación, una sola y grande patria que diese sombra, que diese amparo y reposo á la generación de entonces y á las generaciones venideras en la serie de los tiempos, comprendió que sólo la unión gloriosa de estas disgregadas secciones, íntimas hermanas por el idioma y la religión, los intereses y las costumbres, podía atraerles al respeto y aprecio y la consideración de las naciones cultas de Europa y de nuestro continente; y por eso se convirtió el grande hombre en protagonista esforzado, valiente, enérgico, infatigable de la federación; y por eso Señores, por el poder irresistible de sus convicciones, consagró las altas facultades de su inteligencia y su brillante espada, al triunfo de su causa, que abrazó con fé, con amor y con abnegación, y en cuyo holocausto inmoló sus intereses, su juventud, su reposo, su sangre, su vida, sirviéndola á toda hora con su palabra, con su pluma, con su propaganda, con su consejo y con su espada en los campamentos, en Honduras, el Salvador, en Guatemala, Costa-Rica, casi en todo Centro-América.

¡Qué gloria, Señores, tan envidiable, tan serena y tan pura, la del gran Republico hondureño, sólo tiene en mira los intereses sagrados de la patria y la suerte venturosa de sus semejantes! ¡Qué espectáculo tan singular y tan bello, el del noble ciudadano nacido de las filas del pueblo, y no amamantado á los pechos de insolente aristocracia, elevándose por su solo mérito sobre el nivel de sus compatriotas y empeñado en la lucha titánica de crear una gran nación, contra la cual se han conjurado el retroceso, las oscuras tradiciones de la colonia, el glacial y duro egoísmo y sublime espectáculo, el del joven Francisco Morazán, fija la mente en el porvenir de su América del Centro, esa hija adorada de sus ensueños, ocupado en enaltecerla y dignificarla ante el mundo, y

tratando de hacer por ella durante diez años, lo que hace poco han hecho bella, encantadora Italia y la profunda, la pensadora Alemania, lo que hará mañana la noble España unificando la Península con Portugal, y lo que hará un día Sud América y otras regiones del globo! Porque, Señores, es ley de la civilización, es ley indefectible del progreso, el amplio desarrollo de la humanidad en el tiempo y en el espacio, por medio de las vastas agrupaciones de pueblos sin diferencia de latitudes, sin distinción de colores ni de razas, hasta llegar en el decurso de las edades, al ideal venturoso de una sola inmensa familia humana en toda la faz del planeta, unida en estrecho lazo por los vínculos de la paz, de la fraternidad y el amor, con una sola patria en la tierra y una sola patria en los inescrutables senos de Dios!

Señores: continúo mi discurso, presentandoos rasgos que revelan la elevación y alteza de carácter del General Morazán, del digno y respetable objeto de mis elogios. El año de 39,

sus enemigos, en ocasión que el General Ferrera estaba en Suchisoto con 2,000 hombres, y cuando en Guatemala, foco de la facción separatista, se hacían los mayores aprestos para combatirlo; sus enemigos, decía, lograron apoderarse por el soborno y la intriga, de los cuarteles de la capital del Salvador, en que existían elementos de guerra de consideración. Su esposa é hija, que á la sazón se hallaban en la capital, fueron puestas en rigurosa prisión. El General Morazán, que se encontraba en el pueblo de San Martín, á cuatro leguas del Salvador, recibió una comisión de notables encargada de manifestarle, de parte de los insurgentes: que si en el acto no deponía las armas, serían sacrificados sin remedio aquellos inocentes objetos de su cariño. Pero Morazán, en vez de abatirse ante la idea del inminente peligro suspendido como una cuchilla sobre su familia, Morazán, Señores, elevándose hasta esa abnegación contra la naturaleza, la más rara y difícil de las abnegaciones, contesta como Guzmán el Bueno, aquel fiero y heroico castellano



Sello postal conmemorativo al primer centenario del fallecimiento de Francisco Morazán. En él podemos admirar el bajorrelieve en bronce de la batalla de La Trinidad que decora el lado este del basamento del monumento a Morazán en el parque central de Tegucigalpa.

defensor de Tarifa –que primero había tenido patria que esposa é hijos, y que sólo caerían las armas de sus manos, cuando fuera vencido–, y, sin vacilar, conferencia con sus Jefes, se lanza contra la Capital, que toma por sorpresa –rescata á su familia y salva á sus amigos. Regresa en el acto a San Martín y cae como un rayo con su columna de valientes sobre el ejército del General Ferrera, que se había movido de Suchisoto á San Pedro Perulapán. Con el éxito deslumbrante de estas victorias, la facción separatista tembló, y volvió á serenarse, aunque por poco tiempo, la marcha del Gobierno federal.

Hé aquí otro rasgo no menos digno de la grande alma del General Morazán. La oligarquía de Guatemala –la oligarquía conservadora del oscurantismo de la colonia, de las añejas preocupaciones y de los insolentes privilegios, halagó la ambición de nuestro esclarecido, de nuestro egregio caudillo, ofreciéndole la dictadura sobre Centro-América y debiendo fijar su residencia en la capital de la extinguida Capitanía general. Lo oís Señores –la dictadura!, es decir, el fiero azote, la tiranía, el despotismo, el terrible y ominoso flagelo suspendido á cada hora, sobre cerca de tres millones de hombres sedientos de libertad, de instituciones, de bienestar, de luces, en una palabra, de justicia! Mas, ¿sabeis, Señores, lo que contestó indignado el General Morazán? Contestó –que él se debía á los grandes destinos de Centro-América, su patria– que por consolidarla y hacerla feliz, estaba dispuesto á sobrellevar todos las amarguras y todas las adversidades –que prefería sucumbir en su empresa como leal y como bueno, antes que mancillar su nombre y malograr su causa con una condescendencia indigna, con una infame bajeza! Así responden, Señores, las almas bien nacidas; así responden los espíritus elevados, á las ofertas insidiosas, á los halagos perfidos, á los incentivos del poder ilimitado y de la criminal ambición! El General Morazán, nacido para lo grande, para lo noble y heróico, no podía errar en su recto y seguro camino. Conocía bien la senda, la única senda que conduce á la gloria y á la inmortalidad –la rectitud, la honradéz, la firme consagración á la causa santa de los pueblos contra los opresores y tiranos, y el amor bendito a la patria!

El General Morazán, Señores, murió pobre: su infeliz esposa quedó sin patrimonio. Aún los bienes de esta fueron invertidos en la revolución; y el que administró durante diez años, cinco Estados

como Presidente de la Federación; el que pudo convertirse en millonario opulento, llevando la impura mano á las arcas nacionales, permitió que su viuda, que la dulce compañera de sus borrascosos días, quedase sumida en la estrechez y el rigor de la miseria. Bien, Señores, para la fama y renombre de nuestro héroe, y para ejemplo de los conductores de las naciones; de esos conductores infieles, que hacen de los dineros públicos, fruto del honrado sudor de la frente de los pueblos, su más pingue patrimonio, y prefieren el regalo de la opulencia á la vida modesta del hombre de bien, no contaminado jamás del vicio y de la corrupción.

El General Morazán estaba adornado de prendas eminentes, –hasta era gallardo, esbelto en persona, y naturalmente debía morar una alma hermosa en aquel magnífico y perfecto organismo– de espíritu elevado, audaz y emprendedor, nunca inactivo; de irresistible ascendiente para todo lo que disfrutaba su ameno trato, valeroso y sereno en el peligro que despreciaba, en una palabra, la naturaleza le lo dotara con todas las cualidades de un gran hombre, y de aquí provino, Señores, sí, de aquí provino que se suscitarán en su contra la envidia y los fieros rencores; de aquí provino que se levantara contra él el odio implacable y las iras de los separatistas y que fuera detenido en su rauda carrera por el gran desastre, por el enorme é inaudito crimen que lo acechaba, y así debía ser, porque está escrito –que las acciones magnánimas son aquellas cuyo resultado previsto es la desgracia ó la muerte. Tal es el eterno apotegma, tal es la sentencia impuesta á los grandes hombres, y que se cumple en los siglos: A Sócrates, la cicuta! A Juana de Arco, la hoguera! A Colón, las cadenas y el oprobio porque adivinó un mundo! A Galileo, de rodillas! abjurando la verdad de que la tierra giraba. A Lincoln y Garfield, por su lealtad al deber, el golpe del asesino! A Morazán, el cadalso. Así, pues, sonó la infausta hora de la negra é impía catástrofe; la hora en que debía ser ultimada la valiosísima vida del intrépido y heróico caudillo; y se logró vencerlo lanzando contra él inmensa muchedumbre, y se apoderaron de su persona como de un nuevo Cristo, y en consejo de caníbales lo condenaron á muerte y condujeron al patíbulo; el plomo homicida destrozó su noble pecho, morada de amor para su patria é hirió su corazón de que brotó raudal copioso de generosa sangre ...Asesinos! Asesinos! Así atentais contra

una rica y vigorosa existencia puesta al servicio de los santos principios de la igualdad y fraternidad de los hombres; así atentáis contra una noble y dignísima existencia consagrada á labrar el engrandecimiento y la gloria de cinco Estados empequeñecidos, raquíticos y miserables, fundiéndolos en una sola y poderosa nacionalidad! ¿Y no pedimos venganza contra los victimarios, contra los feroces y despiadados verdugos? No, señores! que sólo la barbarie se venga; sólo la barbarie responde al odio con odio; sólo la barbarie pide víctimas y sacrificios y sangre! La civilización perdona, la civilización pide concordia, la civilización pide cariño y pide amor para fecundizar el mundo! Los enemigos del héroe lo aniquilaron, lo inmolaron ciegos de furor, ignorando que le tegían las palmas del martirio, de la apoteosis y de la inmortalidad; y mientras sus oscuros y míseros nombres, sólo merecen la execración y el olvido, el nombre de Morazán, de nuestro mártir, llena los ámbitos de Centro-América y se une á los nombres gloriosos de otros mártires de la democracia y de la emancipación de la especie humana en nuestra América; se une á los nombres de Lincoln y de Garfield, que como él, fueron derribados, fueron abatidos en la mitad de su carrera por la mano del crimen; se une á esos grandes hombres de imperecedero recuerdo, por haber tenido como ellos la misma suerte en la tierra, para tener el mismo galardón, la misma palma en el cielo.

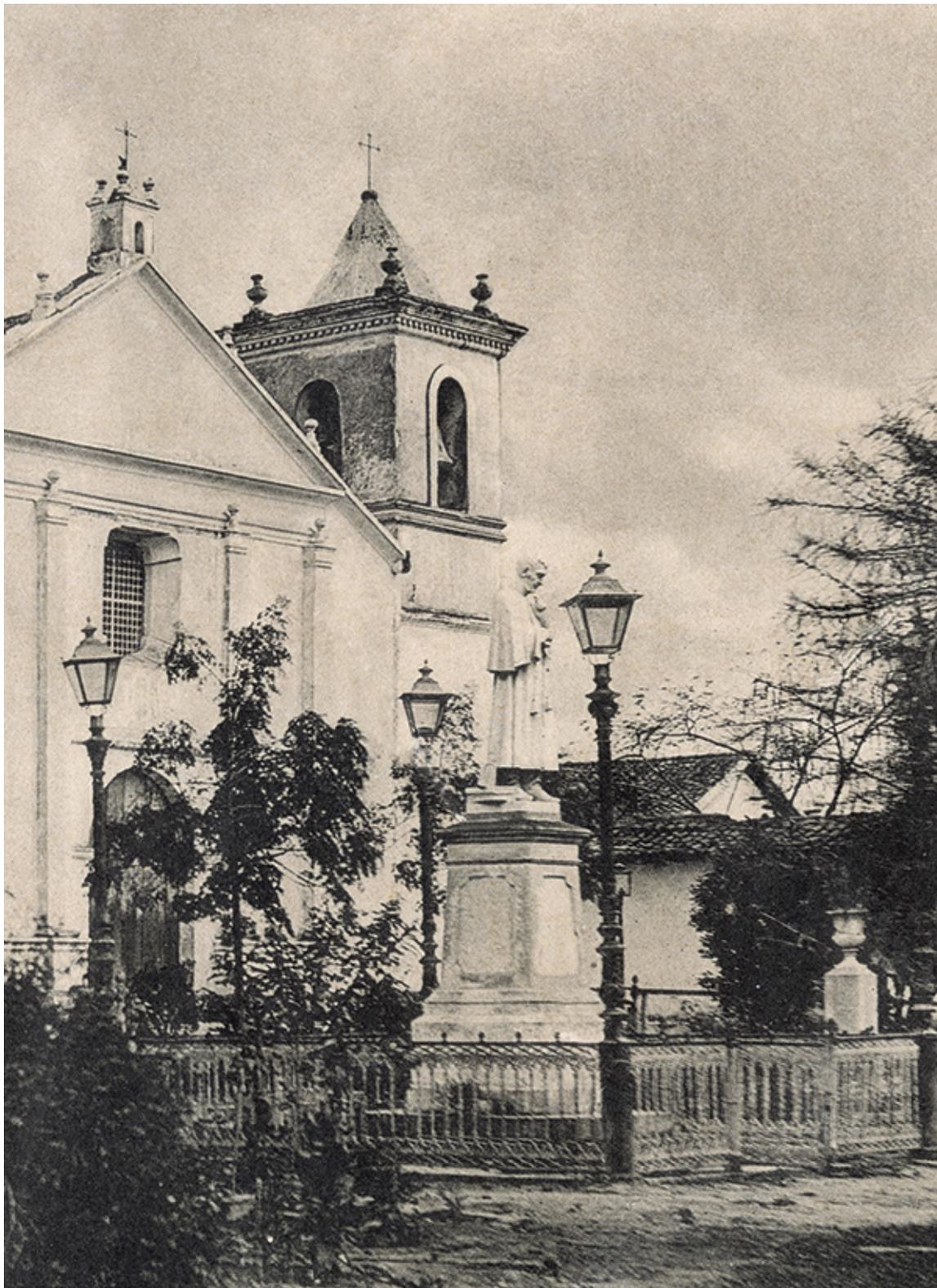
Amemos mucho, Señores, sí, amemos mucho la memoria del grande hombre cuyo monumento inauguramos consagrándole esta ovación solemne, esta festividad nacional. Sus levantados y generosos sentimientos, sus esclarecidas acciones é insignes proezas en pró de la unidad de Centro-América, forman un gran patrimonio de gloria legado á la posteridad, legado especialmente á sus conciudadanos, legado á nosotros. Acojamos con respeto y cariño, con veneración y reconocimiento ese glorioso patrimonio, que á la vez encierra una alta y saludable enseñanza, -la del acendrado amor á las instituciones que enaltecen al hombre, y el sacrificio por la salud de la patria,- es nuestra honra y máspreciado blasón, y será también la honra y el blasón de nuestros últimos descendientes.

Juventud hondureña: que no sean estériles para vosotros los monumentos erigidos á

nuestras glorias patrias, que son también gloria y honor de Centro-América. Teneis á vuestra vista una constelación de héroes y de sabios, en otros tantos monumentos modelados por el arte para perpetuar la memoria. Recoged de Morazán sus últimas palabras, su testamento inmortal, en que os lega con el recuerdo de su inmenso infortunio. La defensa y el sostén de la noble causa por que rindió con serenidad su hermosa vida. Aprended de Valle el asídúo cultivo de la ciencia y sus eminentes virtudes cívicas; de Cabañas, del nunca bien sentido y llorado Cabañas, el valor guerrero y la honradez inmaculada, y aprended de Trinidad Reyes, su consagración á la juventud, al bien y á las letras, y su caridad evangélica, esa dulce caridad que nunca aborrece, que no tiene hiel, que todo lo ama y todo lo perdona. La juventud de Norte América educa su corazón, más que con los libros de los sabios, con la lectura de las vidas de sus hombres célebres -de Washington y Franklin, de Hamilton y Jefferson. De tan elocuentes modelos, limpios espejos de las grandes virtudes que dan lustre á su patria, aprenden los jóvenes americanos á ser íntegros, honrados y virtuosos, independientes de todo yugo y tiranía, desinteresados, magnánimos y amantes de su patria y de su Unión gloriosa que hacen su fuerza y poderío.

Patria mía! Al honrar con mi pobre y lánguida palabra al más grande y preclaro de tus hijos que ha derramado sobre tí tan radiante lustre, yo te saludo y te bendigo! Le habeis hecho justicia dedicándole suntuoso y digno monumento, y estimulais así el celo y las virtudes de la generación presente para honraros un dia con hechos dignos de tí y de la posteridad. Qué su memoria no se ahogue en el torbellino y las evoluciones del tiempo, y que en las más remotas edades, pueden tus innumerables hijos que aun vendrán á la vida, pronunciar con orgullo el ínclito nombre, MORAZÁN! MORAZÁN!- HE DICHO.

La Gaceta. Periódico Oficial de la República de Honduras. Año VII. Serie 25. Diciembre 15 de 1883. Número 240. Tegucigalpa: Tipografía Nacional. Páginas 1-3.



Apenas una década después de haber sido inaugurada, la escultura de José Cecilio del Valle en la que era la plaza San Francisco. Fotografía por Juan T. Aguirre publicada en el *Primer Anuario Estadístico correspondiente al año de 1889* de Antonio R. Vallejo. Tegucigalpa: Tipografía Nacional, 1893.

Discurso pronunciado por el Licenciado Don Máximo Galvez, al descubrirse la estatua de Don José Cecilio del Valle.

SEÑORES:

Hé aquí la estatua de Don José Cecilio del Valle. De él dijo el inmortal Barrundia, con su palabra arrebatadora, con su estilo inimitable, herido de dolor, abismado en el pesar, al contemplar la muerte de tan ilustre patricio: *“Su cabeza fué una luz; su boca el órgano de la elocuencia en la tribuna; su alma el altar de Minerva; sus escritos honra de la patria y de las ciencias.”* Pinceladas brillantes, rasgos acabados, que ponen en relieve esa gran personalidad, sintetizándola y formando de ella un cuadro magnífico en la galería literaria de los hombres célebres de nuestra América.

¿Qué puedo decir yo en presencia de este hermoso monumento, que Honduras, su cuna, su patria natal, le consagra, como testimonio de gratitud por la gloria que sobre ella refleja su nombre, como orgullo legítimo en que se complace por haberle dado la existencia? Lo que puedo decir, llevando la palabra del Poder Ejecutivo, que inmerecidamente me ha confiado en esta función solemne, es: *aquí esta Valle; él es quien es; coloso levantado entre las dos Américas; faro del grande Istmo.*

La aureola majestuosa que ciñe su frente; el manto de la ciencia que cubre sus hombros; el pensamiento profundo que expresan sus ojos; su continente, su porte entero revelan á una, por completo, al sabio, al hombre superior, excepcional, que elevándose sobre el nivel de la humanidad, se presenta como grandioso luminar en el campo de la vida intelectual.

Es la misión del sabio, del sabio que comprende su destino, que experimenta el amor fraternal del Evangelio, el fuego sagrado de las grandes ideas democráticas; que siente en su frente el dedo de la Providencia, y sobre su pecho el soplo divino del Hacedor Supremo, elaborar la idea en la alta esfera del pensamiento, penetrar la verdad apurando el estudio de los seres, de sus esenciales condiciones, para después llevarlo en

bien de la patria, en bien del progreso, en bien de la civilización universal, á la conciencia del pueblo, para que, encarnándose en la vida social, se dilate lozana y majestuosa, exuberante de realidad, al través de las generaciones, haciendo el bienestar de la humanidad.

Colón, sobreponiéndose al fanatismo y á las olas del Atlántico para sacar de su seno, con su mano poderosa, un hemisferio, un nuevo mundo, completando el planeta é integrando la Geografía; Morse, hecho dueño de la electricidad, y poniéndola al servicio del pensamiento, como vehículo instantáneo y veloz de la idea, en que esta dá la vuelta al mundo en cortos momentos, derramado su sávia fecunda en todos los campos de la vida; Fulton, con el vapor en la mano, aplicándolo al transporte por mar y tierra y sustituyéndolo en todas las formas del trabajo material, á los rudos, tardíos y embrionarios agentes anteriores, enjugando así el sudor de la frente popular y abriendo ancha é inmensa carrera á la industria; y Valle, pensando en el porvenir de Centro-América, dilatando su vista de águila caudal sobre ambos mares, sobre los dos extremos que la ciñen; comprendiendo sus altos destinos y adelantándose al día en que será el emporio de las dos grandes penínsulas que une y el paso obligado del comercio universal; confeccionando, escribiendo ante tan hermoso horizonte, ante tan risueña lontananza el acta de independencia del Poder Español, que llevó la fecha de 15 de setiembre de 1821 en donde están reasumidos y articulados los derechos del hombre; ese bello paladión en que fundaba un pueblo, de donde hacía brotar una grande nacionalidad, destinada á figurar dignamente al lado de las otras nacionalidades que se reparten la faz de la tierra.

VALLE, sol de la inteligencia, astro luminoso, como decía Barrundia, haciendo luz en los bosques seculares y vírgenes de la América; aclarando la oscuridad de la Colonia;

deshaciendo la negra nube de la Edad Media, sentada en el bello cinturón del Nuevo Mundo, al empuje poderoso de la Nación Ibérica, su conquistadora, y señalando el derrotero de las instituciones modernas sobre que debía fundarse un nuevo organismo político, el organismo republicano, que es el único que cumple la palabra de Dios, porque es el único que consuena con la constitución del hombre y con la pureza de los elementos naturales.

VALLE, que crea dos veces, con el poder de su talento y con la fuerza de su ilustración, la autonomía de la Patria común: primero, el lado de los grandes próceres del 21, en la Metrópoli de la Capitanía General; después al lado de los ilustres mexicanos que dieron en tierra con el águila imperial de los aztecas, en la inmortal jornada parlamentaria de 1.º de Julio de 1823, pudiendo decirse de él lo que dijo Castelar de Garibaldi, el Redentor de Italia, *“que sinó era poeta en la esfera de la idea, lo era en la esfera del hecho,”* por haber escrito con su pluma de diamante, y con la omnipotencia de su palabra un gran poema, el poema de la América Central, libre e independiente.

¿Quién puede dudarlo? Pensadores de talla tan eminente, ingenios de tanto alcance, son sabios honorables, hombres de corazón, benefactores de la sociedad, que infunden y dilatan su espíritu en el espíritu de la humanidad, levantándola de la postración de la materia y elevándola á la cumbre de la cultura, al apogeo del derecho. Los monumentos que se les levantan en honra de su memoria, honran más á los pueblos que se los erigen, que á ellos mismos. Grandes en sí por lo mismo que salen del rasero común, son como imponentes y elevadas montañas que se destacan en el campo de la vida, y que se perciben á millares de leguas. Las páginas de la historia no pueden leerse, sin encontrar sus gloriosos nombres escritos con caracteres de luz; y el hombre honrado, el ciudadano probo, abre desde luego su pecho para esculpirles allí la estatua más cara e inestimable: *la estatua del amor y de la gratitud.*

El pueblo hondureño, honrado, entusiasta por lo grande, sensible á la gloria de sus hijos, que es su propia gloria tenía ya en su pecho, gran laboratorio de sus afectos, un monumento de amor y respeto para el ilustre Valle; y al dedicarle hoy esa hermosa estatua, obedeciendo a la ley

estética de la revelación del sentimiento, no hace más que tallar en mármol lo que estaba tallado de antemano en su corazón.–DIJE.

La Gaceta. Periódico Oficial de la República de Honduras. Año VII. Serie 25. Diciembre 30 de 1883. Número 241. Tegucigalpa: Tipografía Nacional. Página 2.

Discurso de Don Francisco Planas, al descubrirse el busto del General Don Trinidad Cabañas.

Señores:

Sin mérito ninguno para poder bosquejar los hechos heroicos y las virtudes cívicas del ilustre soldado de la Patria; he tenido el honor de ser designado por el Supremo Consejo de Ministros para tomar la palabra en este día verdaderamente nacional. No tengo razón para pretender ostentar sabiduría y mucho menos crearme capaz de hacer la apoteosis de un patricio tan distinguido; pero siendo su historia contemporánea, voy á decir lo que todos saben, lo que todos conocen, lo que todos han visto.

Sí, señores, se trata nada menos que de diseñar lo que fué el GENERAL DON TRINIDAD CABAÑAS, y sin abusar de la licencia que se me ha otorgado, voy á usar de la palabra en este momento solemne para la Patria, y de tanto honor para los hondureños; en este momento en que, satisfecho el corazón del patriota, no puede menos que enorgullecerse al recordad al GENERAL CABAÑAS, al mártir de toda la vida, al verdadero liberal, al valeroso guerrero, honor y gloria de CENTRO-AMÉRICA.

El GENERAL CABAÑAS fué hijo de esta ciudad, donde se crió hasta la edad como de diez y seis años, cuando sus padres dispusieron trasladarlo á Comayagua, para consagrarlo al estudio de las letras; pero al GENERAL CABAÑAS, aunque le gustaban los libros y la literatura, por naturaleza tenía una fuerte inclinación por la carrera de las armas, y á hurtadillas se iba á los cuarteles á tomar nota de la táctica militar y de todo lo que tiene relación con el arte de la guerra.

En esta época en que estaba muy reciente el grito de independencia y en que sólo se hablaba de derechos del ciudadano, de libertad &c., el GENERAL CABAÑAS, empapado en estas ideas, comenzó á inscribirse en el gran libro de los principios liberales, abrazando con ardiente entusiasmo la causa de los pueblos, contra la tiranía y los abusos de poder.

En 1827 el GENERAL CABAÑAS, aprovechando la muerte de su padre, logró conseguir la plazas

de Sargento 1.º en las filas que se levantaron para rechazar las pretensiones de los restos del poder colonial que deseaba, con tropas venidas de Guatemala, nulificar la independencia y sujetarnos nuevamente al carro de los autócratas para conservar sus privilegios y su exclusiva dominación.

En varias escaramuzas probó el GENERAL CABAÑAS mucha audacia y subordinación, y en las distintas acciones que tuvieron nuestras fuerzas con las de los enemigos de la libertad, obtuvo con honor varios ascensos en la carrera militar.

Así continuó el GENERAL CABAÑAS en esa prolongada revolución haciéndose siempre distinguir en todas las campañas, no solo por sus principios sino por su valor, por su pureza y por sus ideas. Educado en la noble carrera de las armas, el GENERAL CABAÑAS llegó á ser uno de los jefes más importantes de CENTRO-AMÉRICA.

En distintas épocas y en más de cien combates en que el humo de la pólvora llegaba á oscurecer el campo de batalla, siempre el GENERAL CABAÑAS se hacía conocer por el brillo de su espada.

El GENERAL CABAÑAS ha sido el batallador sin tregua contra las huestes enemigas de la paz y de la independencia nacional.

El GENERAL CABAÑAS cuenta entre sus muchas glorias militares, que sería largo enumerar, la memorable jornada de Jaitique, en que herido de muerte al principio de la acción el Coronel Gutierrez, que mandaba el ejército, el General Cabañas tuvo que librar la batalla peleando admirablemente hasta obtener un completo triunfo que perpetuará su memoria. Esta victoria dio en tierra con las bastardas pretensiones de Dominguez y puso término á la ocupación de Omoa. Esta victoria es tanto más notable cuanto que tuvo lugar á inmediaciones de la capital y en momentos en que acababa de morir el Jefe del Estado, Don José Antonio

Márquez. Esta es una victoria, señores, tan benéfica en resultados, que salvando al país de un conflicto, ciñe en laurel inmarcesible en las sienas del ínclito soldado, del inmortal Cabañas.

Con más ó menos intervalos de paz, continuó la guerra en Honduras y en todos los Estados; pero el General Cabañas, siempre firme sobre los fuegos del cañón, disparando sus tiros á los enemigos de la libertad y de la unión de Centro-América, unas veces llevando en persona el estandarte de los libres, y otras siendo el brazo derecho del General Morazán; en todas partes, señores, siendo el soldado más intrépido, el patriota más desinteresado, el vencedor más humano, siempre, siempre modesto sin ostentar heroísmo, salvando los vencidos y convirtiendo con tan noble conducta enemigos encarnizados en sus mejores partidarios. Tal es el poder de las grandes ideas, y tal es el resultado de las buenas acciones. El liberal siempre se hace distinguir por sus principios y por su magnanimidad, y el General Cabañas poseía en alto grado tan eminentes cualidades.

Por uno de esos sucesos con que la fortuna enseña sus caprichos, el General Cabañas se vió forzado á separarse de la escena pública, y cuando más tranquilo se encontraba en su retiro a inmediaciones de San Miguel, el pueblo hondureño no olvida á su caudillo denodado, y al practicarse en 1852 las elecciones de Presidente de la República, le honra con sus votos, y las Cámaras de aquella época, por unanimidad, le eligen entre todos los candidatos por no haber habido elección de hecho, y al efecto nombra una Comisión compuesta del inolvidable León Alvarado, José María Rugama y Generales Vaquero y López para que en el acto fueran á poner en manos del General Cabañas el decreto respectivo y á interesarlo en su aceptación.

El General Cabañas, siempre modesto pero siempre patriota, no se halla fuerte para Desairar ni á las Cámaras ni á la respetable Comisión que se le presentaba, y resuelve venir á la Capital, más á poner excusas que á aceptar un puesto que no ambicionaba; pero el Poder Legislativo y sus amigos no le dan tregua y le obligan á prestar el juramento de ley. Así fué que el General Cabañas llegó á ocupar la primera Magistratura de Honduras con un honor bastante raro en nuestra Historia; y así ha visto todo Centro-América elevarse á este patriota por el voto espontáneo de

los pueblos, formando una distinguida excepción en nuestros anales que glorifica la ilustre soldado de la patria, al inmortal CABAÑAS.

Al empuñar las riendas del Gobierno, el General Cabañas se ocupa de preferencia de la reorganización de Centro-América y trabaja sin descanso porque se reuniera en esta ciudad un Congreso Nacional, y á sus esfuerzos logra que el Salvador y Nicaragua manden sus diputados. Se instala el Congreso con la concurrencia de los Representantes de los tres Estados, forman el pacto que debía ligar y regir estas Nacionalidades y nombran Presidente provisorio al General Cabañas; pero este patriota, que nada ambicionaba, que nada quería para sí, renuncia aquel alto puesto, manifestando al Congreso que no siendo él, el más aparente para desempeñar tan honroso destino, se nombrase otro ciudadano que inspirando una entera confianza a todos los partidos políticos, no dejase burladas las esperanzas del patriotismo. Poco después las Asambleas del Salvador y Nicaragua desapruaban el pacto, nulificando así, los grandes sacrificios de Honduras y su grande interés por la Nacionalidad; pero llevando el General Cabañas la indisputable gloria de ser el más constante en perseguir esta idea como la tabla salvadora de estas pequeñas fracciones, que alguna vez llevarán el nombre de verdadera *República* de CENTRO-AMÉRICA.

Como consecuencia precisa al empeño del General Cabañas por la instalación del Congreso Nacional, aparecieron tropas del General Carrera invadiendo y saqueando á los pueblos indefensos de Copán y Gazapa; circunstancia que trajo la guerra entre las dos Repúblicas, dando por resultado el cambio del Gobierno de Honduras; pero el General Cabañas, que en todas las vicisitudes de la revolución de Centro-América siempre ostentó un valor inimitable, una honradez á toda prueba, y una serenidad sin ejemplo, hizo que notabilidades, como el científico Reyes y el ilustrado Squire dijeran: “el General Cabañas, *Laurel de vencedor lleva aún vencido, agrega un corazón que ninguna calamidad puede abatir; ni oposición alguna sojuzgar.*”

Al General Cabañas le honran todos sus actos como soldado, como Gobernante y como ciudadano: nadie puede mentar su nombre sin tributarle un elogio, y creo que hasta sus mismos enemigos respetarán su memoria.

Al General Cabañas no se le acusa ningún acto de deslealtad en su vida pública, y después de una larga vida de glorias militares, por llevar á su fin la grande idea de NACIONALIDAD, viene á depositar sus restos á la ciudad de Comayagua, que como la del Salvador le había dado tantas pruebas de estimación y de respeto.

El General Cabañas, nunca rapaz, nunca tirano, recorre casi todos los pueblos de Centro-América con tropas colecticias y no deja un recuerdo que pudiera empañar su reputación ni sus glorias, y al despedirse de la escena del mundo no le queda á su esposa un centavo, y sus amigos tienen que costear sus exequias. Sí, señores, este fué el General Cabañas, que habiendo nacido para la patria no ambicionaba más que morir en defensa de la patria. Por esto es que el Gobierno de la República, reconociendo sus relevantes méritos, le ha mandado levantar el monumento que tenemos á la vista para que la Nación que perpetúa su nombre sepa imitar sus virtudes.

Señores: el General Cabañas nos ha dado ejemplos de valor, de honradez, de humanidad y patriotismo: sino podemos más, imitemos siquiera su empeño por la reorganización de Centro-América; para que alguna vez podamos ser fuertes por la Unión, prósperos por el trabajo y felices por la paz.

¡General Cabañas, despierta! Valiente sin rival, descansa de tus grandes fatigas: pero sabed que á través de los tiempos tu recuerdo alentará siempre el patriotismo, y que los buenos ciudadanos y tus verdaderos amigos jamás olvidarán tu memoria.



Monumento en la plaza La Merced en el centro histórico de Tegucigalpa erigido en honor a José Trinidad Cabañas. El contratista del monumento fue Francesco Durini Vasalli, del escultor de origen italiano solo se sabe que su apellido era Beltrami y del artista responsable de la base en piedra igual sólo se conoce que se apellidaba Canessa. Fotografía por Paúl Martínez en formato digital 35mm, 2021.

La Gaceta. Periódico Oficial de la República de Honduras. Año VII. Serie 25. Diciembre 30 de 1883. Número 241. Tegucigalpa: Tipografía Nacional. Páginas 2-4.



Originalmente el busto del padre José Trinidad Reyes miraba hacia el oeste, la luz del sol vespertino iluminaba su rostro esculpido en el mármol. Fotografía por Raúl Agüero Vega, negativo en película blanco y negro formato 120mm, Ca. 1950.

Discurso del Licenciado Don Pedro J. Bustillo, en el acto de descubrirse el busto erigido á la memoria de José Trinidad Reyes.

HONORABLE CONGRESO NACIONAL, SEÑOR PRESIDENTE, SEÑORES:

Es debido á una alta distinción del Ejecutivo Nacional que yo venga á ocupar este sitio para hacer el elogio de JOSÉ TRINIDAD REYES, uno de los varones insignes cuya glorificación hacemos en este momento solemne. Si yo hubiera consultado mis propias fuerzas; si yo hubiera consultado la pobreza de mis recursos mentales, seguramente habría declinado encargo tan augusto. Yo comprendo que el asunto es grandioso, que el asunto es digno de altos ingenios; pero también creo que es un deber de patriotismo enaltecer la memoria de nuestros BIENHECHORES, y hacer conocer al mundo sus grandes merecimientos: creo que todos, grandes y pequeños, estamos obligados á rendir nuestro óbolo en los altares de las glorias de la Nación: por esto me veis aquí, luchando tal vez con un imposible, pero cumpliendo con un deber de justicia y de civilización. Perdonad, si yo, que soy tan pequeño, tengo el atrevimiento de ocuparme en asunto tan magno: si de mis lábios no brotará la elocuencia como un torrente despeñado, concurriré al menos, á la medida de mis fuerzas, á obsequiar los más bellos votos de la Nación.

JOSÉ TRINIDAD REYES, Señores, pertenecía á la generación que en estos días va extinguiéndose. Si bien su nombre es conservado con delicia en el corazón del pueblo y en las leyendas del hogar, nadie, hasta hoy, ha tenido la feliz inspiración de escribir su biografía. Séame permitido, pues, ya que no hay elogio mayor de los hombres, que la narración de los grandes hechos que ilustran su existencia, hacer notar en este día los rasgos más salientes de la vida, gastadas en un tiempo que apenas alcanzaron muchos de los que aquí estamos congregados. Nació en esta ciudad el 11 de Junio de 1797. Sus padres, que eran personas inspiradas en la bella doctrina del cristianismo, cultivaban con esmero las virtudes domésticas y sociales; y fue al calor de estas virtudes que se deslizaron tranquilamente los primeros años de

aquel niño, cuyo renombre debía más tarde enaltecer a la patria.

En aquellos tiempos, Señores, era empresa sobrado difícil procurar á la familia una educación, ya no diré variada y sólida, pero siquiera mediana. Reinaban entonces con soberano dominio todas las preocupaciones de la Colonia. La Luz, ese elemento vivificador que lanza el espíritu por el espacio inconmensurable de la ciencia é impele el corazón á la ejecución de grandes hechos, no podía abrirse paso por entre aquel espeso hacinamiento de errores, de preocupaciones y de resistencias oscurantistas. Secuestrados á toda comunicación con el mundo antiguo, estrechados por el círculo infranqueable del sistema colonial, nuestros antecesores jamás oyeron la poderosa voz de la civilización, jamás sintieron el armonioso ruido de las corrientes del progreso; crecían y morían enclavados al poste de la más ignominiosa de las servidumbres, de la infame servidumbre de la ignorancia. ¡Ah, Señores! Parecía que el hielo penetrante de los polos, que la noche interminable de los bosques seculares estaban destinados á entumecer para siempre la energía de la vida individual, las expansiones de la vida social. (*Aplausos.*)

Bajo estos lúgubres auspicios, privado de la contemplación de los bellos ideales que la Filosofía acababa de abrir á la humanidad; privado también de la noble emulación que inspira el ejemplo de los grandes hombres, JOSÉ TRINIDAD REYES llega á la edad en que los espíritus superiores sienten incansable sed de luz; él siente las fatigas de esta sed, y no halla fuentes en que apagarla; la escuela, el libro, el periódico, la tribuna estaban proscritos en esta tierra. Sin embargo, impelidos por el vehemente anhelo de elevar su espíritu, sus padres le procuran conocimientos rudimentarios en lectura, escritura, aritmética y religión; y como punto de partida para emprender estudios superiores, también lo dedican al aprendizaje del

idioma latino, bajo la munificente dirección del sacerdote Juan Altamirano. Al paso que empleaba sus años en faenas tan provechosas, cultivaba la música, dirigido por el autor de sus días, y se ensayaba en el arte de la pintura, al favor de la enseñanza de Don Rafael Ugarte Martínez, natural de Guatemala.

Así preparado, y ved cuán escasa preparación, se dirigió en 1815 á León de Nicaragua, donde existía una universidad, que entonces gozaba de reputación. Allí hizo estudios de Filosofía, Matemáticas y Sagrados Cánones, y sostuvo brillantes exámenes en esas materias. A medida que crecían sus conocimientos, también crecía su reputación: sus maneras afables, su dedicación al trabajo, su inviolable honradéz, su claro talento, su consagración al estudio –afán este de los espíritus sublimes– le granjearon la estimación de cuantas personas lo conocían, contándose entre estas el Obispo diocesano de aquella República.

Cuando se hubo graduado de Bachiller, llegó para él un momento decisivo: era preciso elegir una carrera. En la estrechez de miras del sistema colonial, la investigación científica carecía de importancia, era casi un crimen. Las ciencias naturales, las ciencias físicas, cuya marcha ascendente va corrigiendo los errores de la civilización antigua y despejando el campo de la verdad, entrañaban los gérmenes de un crimen, que las ideas dominantes llamaban impiedad las ciencias morales, las ciencias políticas, cuya noción penetrante ha impelido la humanidad á la terrible y gloriosa lucha que trae agitado al mundo, y que más luego fundará el reinado de la libertad sin trabas, pero también sin abusos, entrañaban á su vez los gérmenes de otro crimen, que se llamaba lesa magestad. (*Aplausos*). Por esta razón, todos los que en aquella época seguían una carrera literaria, tenían que refrenar forzosamente el vuelo de su espíritu, y terminaban por ceñirse la toga del Abogado ó la túnica del Sacerdote. JOSÉ TRINIDAD REYES, corazón generoso que había vaciado en los limpios cristales de la piedad; alma noble que repugnaba las lides irritantes y muchas veces desastrosas del foro: espíritu elevado que aspiraba solamente al reinado de la paz, de la concordia y de la fraternidad entre los hombres, no vaciló en aquel momento supremo. Se decidió por la carrera del Sacerdocio, la más propicia á sus inclinaciones delicadas; y venciendo con

fortaleza varonil las dificultades que aquí mismo, en su cara patria, se opusieron á sus intentos, logró ascender, y en 1823, á la dignidad de Ministro del Altar en la comunión católica. Había alcanzado un triunfo, pero también consumado un sacrificio: él pretendía ser sacerdote seglar con el fin de restituirse á su patria, y las resistencias, mal llamadas mobiliarias, lo obligaron á hacerse recoleto.

En el seno de aquella comunidad fortificó su espíritu con la práctica de las altas virtudes, con la meditación de la sublime doctrina evangélica, y quizás con el estudio de las literaturas castellana y latina, que más tarde dió muestras de poseer. Impulsado por el enérgico sentimiento de la piedad filial, en 1828 volvió al regazo de sus padres, después de una permanencia de tres años en Guatemala, donde probablemente ensanchó sus conocimientos. Aquí se encontraba cuando se emitieron en la metrópoli los decretos de excomunión, circunstancia á que es debido que se quedara entre nosotros, para honra suya y para bien de sus conciudadanos.

En 1830 comienza, Señores, la parte más gloriosa de la vida de JOSÉ TRINIDAD REYES: es un astro que empieza á elevarse sobre el horizonte de la Patria, para lucir en todo su esplendor. Convencido que la vida es un negocio serio que es preciso desempeñar dignamente en beneficio de la humanidad; nutrido ya con las ideas trascendentales del arte y ciencia cristianos, abre una fecunda predicación contra el vicio y las malas costumbres, contra las preocupaciones que degradan, contra las pasiones que embrutecen; exalta en grado sublime el reinado de la verdad, de la virtud y de la paz entre los hombres; y con el ascendiente de una vida ejemplar, con las gracias de una elocuencia grave y sencilla, á la vez que poderosa –ardiendo el corazón en un incendio de caridad evangélica– enseña el dogma sublime de la fraternidad universal, aquí donde imperaba una profunda desigualdad artificial. Brilló hasta tal punto en la oratoria sagrada, que, por veinticuatro años, fué la honra del púlpito hondureño.

(Concluirá.)

La Gaceta. Periódico Oficial de la República de Honduras. Año VII. Serie 25. Diciembre 30 de 1883. Número 241. Tegucigalpa: Tipografía Nacional. Página 4.



La plaza La Merced en la imagen más cercana en el tiempo a los años en que fueron inaugurados los monumentos dedicados a José Trinidad Cabañas y José Trinidad Reyes. Fotografía por Juan T. Aguirre publicada en el *Primer Anuario Estadístico correspondiente al año de 1889* de Antonio R. Vallejo. 1893.